# POR LA PAZ

## I.—Á LOS MAESTROS.

SERÍA obra útil para el triunfo de la paz que se procurase corregir en las escuelas, y en particular en la enseñanza de la Historia, la demasiado fácil y ciega admiración hacia las grandes carnicerías y los famosos verdugos; combatir la ligereza, el lenguaje inconscientemente bárbaro con que se acostumbran los jovenzuelos á contar y describir los estragos más horrendos, con la falsísima idea de que son una sola cosa la indiferencia hacia el derramamiento de sangre y el valor; educar á los jóvenes para que admiren la valentía guerrera, unida á un sentimiento de piedad profundo hacia las víctimas y de alto respeto hacia la vida humana; hacer, sí, que al sentimiento de la necesidad y hasta de la santidad de ciertas luchas cruentas, se úna siem-

pre el de un horror doloroso por esta necesidad misma, y la esperanza de que un día, ella no sea ya para la humanidad mas que un recuerdo funesto, sin que se tengan que levantar en lo sucesivo más estatuas de héroes sobre pedestales de carne humana lacerada.

Si esto se hiciera, no aconteceria frecuentemente el caso de oir á personas civilizadas y agradables, que no por otra cosa sino por espíritu aventurero ó por ambición de gloria patriótica ó por afán de educación nacional, expresar plácidamente el deseo de una guerra, sin que diez voces indignadas se levantasen en contra de aquella afirmación, protestando contra aquella palabra de *guerra,* la más estúpida, la más malvada que puede salir de los labios del hombre.

## II.—Para templar las fibras...

Hace tiempo que cierto filósofo escribió lo siguiente:

«Si se asegurase la paz perpetua, la humanidad se pudriría.»

É ilustró su concepto añadiendo:—La guerra es necesaria «para templar las fibras de las naciones.»



¿Las fibras de qué parte de los elementos de las naciones?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras todos aquellos millones de hombres que en los campos, en los talleres, en las minas, en las montañas, en el mar, sudan sangre para vivir condenados á un trabajo sin tregua, que cuando no postra, ó no mata, hace el alma y el cuerpo de hierro?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras todos aquellos millares de hombres de todas clases sociales, para los cuales toda la vida es una áspera lucha con la desgracia, un eterno esfuerzo obstinado é impotente para salir de la obscuridad y de la estrechez, una lucha continua y no merecida, rodeados de privaciones, de humillaciones, de desengaños, que arrastran cientos de cientos al suicidio?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras todos aquellos innumerables infelices á quienes los infortunios y las desdichas y los delitos arrancan ferozmente de sus brazos á las personas más queridas, abriendo en sus corazones heridas que sangran sin cesar, arrojando en sus almas una tristeza que dura hasta la muerte?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras

todos aquellos miles de criaturas, valientes y magnánimas por naturaleza, que en cada ocasión de desventura privada ó pública son los primeros en ofrecer y en dar el propio trabajo, y hasta la propia sangre, sin ambición y sin recompensa; aquellos centenares de actos virtuosos, obscuros ú olvidados, que honran más altamente la naturaleza humana?

¿Tendrán necesidad de haber templado las fibras aquellos millares de jóvenes y de hombres maduros, á quienes los deberes de su respectiva profesión y una ambición noble y útil, todos, en el arte y en la ciencia, en el amor apasionado del trabajo, sacrifican el bienestar, los placeres, la libertad, la paz, segregándose del mundo y acortándose la vida?

Todos esos, ciertamente, no tienen necesidad de vigorizar las fibras de su ánimo en la guerra.

Pero si se separan todos éstos, ¿qué es lo que resta de una nación, mas que un montón de parásitos que gozan de la vida; de ociosos debilitados por el aburrimiento, de aventureros, de holgazanes, de adinerados jugadores, de almas nulas ó tristes ó extravagantes, que ni siquiera aman la patria ó



la gloria, por no tener en sí mismos nada de grande ó de bello?

¿Es quizás para vigorizar las fibras del espíritu de esas gentes, para lo que se cree necesario y deseable que de tantos en cuantos años corran sobre la tierra torrentes de sangre generosa y de llanto desesperado?

No es posible.

Y entonces, pues, debe ser corregida así esa fórmula: «La guerra es necesaria para templar la fibra de los ejércitos.»

Esto, tal vez, pensaba el buen filósofo; pero por pudor filosófico no se atrevió á decirlo.

¡Deploremos la sentencia, y... alegrémonos del pudor!

## III.—Un episodio de la batalla de Custoza.

De cuantos episodios de guerra he leído ú oído, aquel que me ha hecho pensar más á menudo y con más detenimiento, es el que me contó un valiente oficial que tomó parte en el mismo.

En la batalla de Custoza de 1866, no recuerdo si sobre las alturas de Montecroce ó de otra colina, en una de aquellas alter-

nativas de asaltos y contra-asaltos, en las cuales las columnas de una ó de otra parte se rompían en tropas desordenadas y en piquetes, algunos de los cuales iban errando por algún tiempo entre el humo, ó se detenían uno ó dos como perdidos, llegaron á la carrera sobre la cúspide procedentes de las dos partes contrarias, dos puñados de extraviados italianos y austriacos, todos tan deprimidos por el cansancio y extenuados, que en el acto mismo de verse se pararon unos enfrente á otros, como obedeciendo á la orden de sus jefes, reducidos á la impotencia absoluta de dar un paso más ó de hacer siquiera un acto ofensivo.

Permanecieron los unos y los otros bajo los rayos ardientes del sol, chorreando sudor, con las bocas abiertas y los ojos fuera de las órbitas, anhelando horriblemente, y mirándose como estupefactos.

Apenas tomado aliento, uno de los austriacos primero, después dos, después casi todos, metieron el dedo índice en el cañón del fusil, y, sacándolo fuera, se lo enseñaron á los nuestros sin decir una palabra: ninguno tenía el dedo negro de la pólvora. Aquel acto quería decir:—No hemos disparado, no hemos matado, ¡no matéis!



—«Fueron pocos momentos—me dijo el oficial,—pero en aquel brevísimo tiempo, como se dice que ocurre á los náufragos antes de perder la conciencia, me cruzó por la mente un pensamiento lucidísimo, casi venido sobre una onda de otros pensamientos atropellados y fugaces que no me expliqué sino más tarde á mí mismo.

Cuanta piedad hacia el prójimo puede entrar en el corazón de un hombre que tenga la muerte en la garganta, entró en mi corazón en aquel punto. Pensé que aquellos soldados no nos odiaban, que ni siquiera los otros compañeros de armas odiaban á nuestros compañeros. No era aquella grandísima mayoría la que había querido semejante guerra: que todos sabían comprender la injusticia de la causa por la cual combatían, y que hubieran dado, á haber podido, la razón á nuestros potentes derechos, á la faz del mundo; que era, pues, en aquel caso, como en otros mil, una fuerza extraña al mayor número, al país verdadero, una lucha de orgullo de los intereses de unos pocos, lo que habían lanzado á tantos miles de hombres á una guerra injusta é inútil; y, como un relámpago, me hirió la mente la idea de que un día, con el impulso

de la civilización, en aquel como en otros países, aquella fuerza habría sido vencida, porque las cuestiones entre los pueblos se resolverían por la libre conciencia de aquellas grandes muchedumbres, en las cuales no nace espontáneamente la ambición ni el odio inicuo, y que un encuentro terrible, miserable como aquel que yo veía, no sería ya posible entre criaturas humanas civilizadas.

Todo esto fué como una visión instantánea; por una y otra parte hicieron desaparecer de los dos lados los piquetes, que se reunieron á sus respectivos cuerpos. El combate volvió á emprenderse, y acaso alguno de aquellos soldados que al verse se habían ahorrado recíprocamente la vida, de lejos, sin verse siquiera, se mataron los unos á los otros.»

Este hecho me trae á la imaginación cada vez que pienso en la guerra el eco de una voz que repite obstinada y solemnemente con acento de compasión profunda y casi de sobrehumana certidumbre, lo siguiente: —Sí, día vendrá en el cual, lo que dijeron aquellos pobres soldados austriacos á los soldados italianos, le dirá uno á otro pueblo: «¡Yo no mato, no me matéis!»



## IV.—Es un error...

Es un error creer que se educan los jóvenes para el valor y el sacrificio patriótico, sembrando en sus corazones el furor por la gloria soldadesca y la fiebre del orgullo nacional, que no es el amor á la patria, sabio y consciente, sino el orgullo individual venenoso. Lo que se siembra en ellos, al par que este sentimiento, es un deseo loco de la fuerza, un desprecio fácil y cruel hacia la vida del prójimo, y otras pasiones y tendencias que los separan del culto á los altos ideales. Pero en cuanto á hacerse así ciudadanos fuertes y soldados intrépidos, la cosa varía y es muy distinta.

En los campos de batalla y en los motines de la vida en las ciudades, se ve que resultan mal muchos de aquellos de quienes se podía esperar más en la lucha, muchos patriotas furibundos y *corta-cabezas* terribles; lo mismo que hombres cuya educación literaria ó militar hacían pensar que estaban preparados para ciudadanos valerosos ó valientes soldados; y en cambio, se ve que muestran una intrepidez y una firmeza inesperada jóvenes y hombres maduros de

carácter grave y modesto y de ideas tranquilas y razonables, los cuales no habían dado antes ningún indicio acerca de sus propias fuerzas.

La firmeza y el valor en éstos se deriva de un sentimiento profundo de dignidad personal; de la conciencia de combatir por una causa justa, de un concepto particular que tienen de la vida, y de otras cosas que están más ó menos bien definidas en el fondo de su alma. Sobre la fuerza de ésos carecen por completo de poder é influjo aquellos que creen formar ciudadanos heroicos gritando perpetuamente á la juventud: —*¡Patria!, ¡armas!, ¡sangre!, ¡guerra!, ¡gloria!*

Éstos no hacen sino sembrar en el viento y retardar el camino de la civilización, manteniendo viva la preocupación funesta de que se fortifica un pueblo embriagándolo de ambiciones y haciéndole adorar el sable.

## V.—¡ABAJO LAS ARMAS!

(Brindis en un banquete á favor de la paz.)

Es una satisfacción no menos viva que extraña la de poder expresar en una reunión de predilectos amigos una idea en



que todos estáis de acuerdo. Hace tiempo que me pregunto á mí mismo, y será acaso una pregunta ingenua, por qué todos los hombres honrados y sensatos de todos los países no están con nosotros; por qué obstinación y por qué mala inteligencia, hasta algunos que no crean posible conseguir nuestro ideal, no se asocian cordialmente á nuestra obra: tan cierto y evidente me parece el efecto benéfico que ella produce, con la simple difusión de los sentimientos en que se inspira.

Nosotros llevamos dentro una herencia malhadada de falsos conceptos y de tristes pasiones: obscura y casi ignorada vanguardia de barbarie que forma entre todos como una cantidad enorme de materia explosiva difundida por cada pueblo, la cual, espontáneamente ó por arte de unos pocos, hasta por una causa fútil se puede á cada paso inflamar, estallando la calamidad terrible de la guerra. Y bien: este peligroso resto de barbarie, ocultado bajo un aspecto engañoso, queremos aferrarlo, analizarlo, hacerlo ver en su esencia verdadera para deshonrarlo y destruirlo, á fin de que en la decisión de las luchas entre los pueblos tenga una parte siempre mayor la Razón,